

In memoriam

de I. Martín-Baró e I. Ellacuría

La lectura del evangelio de hoy (Lc 4, 14-21), en que conmemoramos a nuestros mártires Ignacio Ellacuría e Ignacio Martín-Baró, nos dice que la dedicación a la liberación de los oprimidos es central a la buena nueva que es Jesucristo. Sin ambigüedad, y con la sencillez de aquel que sabe que habla en verdad, Jesús escoge la compañía de aquellos a los que ha sido enviado para anunciar palabras de libertad. Los signos mesiánicos —que los cojos andan, que los ciegos ven, que los mudos cantan— se hacen realidad con su persona y con su mensaje. Ellos son la razón de ser de su misión. Los que quieran conocer quién es Jesús tendrán, necesariamente, que escuchar lo que él dice de sí mismo y echar una mirada a esas situaciones de muerte (pobreza, cautividad, ceguera, opresión), a las cuales Jesús se acerca portando un principio de vida. Jesús opta por la vida, que entiende viene de esa cercanía con Dios que lo caracteriza. La vida de Jesús, pues, está entrañablemente unida a los excluidos, los sin nombre, los desprotegidos, los débiles.

Esto tuvo que cautivar a estos dos Ignacios de inteligencia privilegiada y aguda para entender que el seguimiento de este Jesús por parte de ellos implicaba la misma dedicación. Para que se introdujera en el país una nota de racionalidad y sensatez en medio de tanta violencia y represión, los dos trabajaron con dedicación ejemplar. Lo que escribían, lo que debatían, lo que decían iba orientado a estar de parte de los desprotegidos, con la cercanía, la audacia y la creatividad que nace de un compromiso hondo y personal. Todos, aun sus detractores, reconocían en ambos mentes excepcionales, dedicadas a indagar, a investigar, a escribir. Como académicos (filósofo uno, psicólogo el otro) trataron de poner su labor intelectual al servicio de estos pobres de quienes nos habla el evangelio y de cuya amistad derivaban entusiasmo.

Pero lo que nos convoca hoy no es tanto su lucidez intelectual, ni los libros y artículos que escribieron, sino el amor que tuvieron a ese Jesús y al pueblo sufrido hasta entregar su vida. Lo que nos reúne es saber que los

mataron porque protegieron a los desprotegidos, porque dejaron que la llamada voz de los débiles los conmoviera de tal manera que se dedicaron a darles voz. Al final, ofrendaron sus vidas de la misma manera en que lo hacían cotidianamente. En aquella noche, nada se improvisó: ni la actitud de entrega a la palabra y la disponibilidad de ellos para acudir allí donde Dios los llamaba, ni las trampas, las mentiras y la determinación asesina de quienes los ejecutaron. Ambos, mártires y verdugos, lo fueron porque sus opciones de vida los llevaron, por sendas distintas, a encontrarse en aquel cruce de camino.

La convicción nuestra es que, tal como a Jesús, a ellos no les arrebataron la vida, sino que la entregaron, obviamente, sin saber cuándo y cómo lo harían de la manera más definitiva. El martirio no es el resultado de una carrera académica, ni la meta de unos planes por muy espirituales que éstos sean. Es un regalo de Dios que, en el caso de Ellacu y Nacho, vino al final de una vida caracterizada por la defensa de los derechos de los pobres. En esa compañía —la de los matados violenta e injustamente— es que el Señor los encuentra aquella madrugada del 16 de noviembre de 1989. Más fuerte que la metralla de aquella noche a pocos metros de donde hoy estamos, fue la voz del Señor que los llamó y selló su amistad bendiciéndolos —y con ellos a nosotros— con el martirio.

En estas últimas semanas, algunos con gran despliegue publicitario —porque los poderosos tienen esos recursos— han pedido que nos olvidemos del pasado para poder construir un mejor futuro y afianzar la paz. El recordar lo que pasó y el pedir que los responsables reconozcan su falta para acogerse al perdón de la comunidad cristiana es juzgado como atentatorio a la paz social. Con cinismo argumentan que nuestra responsabilidad primera es la de olvidar para así poder perdonar, que es una de nuestras principales obligaciones, olvidándose convenientemente de que todos tenemos una obligación anterior: “no matarás”. Ellos prefieren olvidar lo que pasó aquella noche y construyen un mundo complejo y tortuoso de engaños, mentiras y medias verdades. Y como ellos quieren olvidar, piden que nosotros también olvidemos en complicidad.

La celebración eucarística, eso que nos convoca en esta mañana, es posible porque esta comunidad ha decidido recordar, con un recuerdo basado en la verdad más profunda de quien era Jesús de Nazareth y cuál era su misión, y con una imaginación que es capaz de hacer que esa verdad afecte nuestras vidas. La comunidad cristiana y todo aquello que represente su más fiel seguimiento a este Jesús, rostro humano de Dios, Dios-hecho-historia, no nace, no nacemos, de un olvido y cuenta nueva, sino de un recuerdo y una vida nueva; no nace de un borrón y punto final, sino de una palabra lúcida, clara y de un punto y seguido, porque la historia del Dios crucificado continúa.

Por eso, al recordar a nuestros mártires, al celebrar la vida que tan arduamente vivieron Ignacio Ellacuría e Ignacio Martín-Baró, hacemos memoria



de ellos, recordando la vida de aquel a cuyo servicio se dedicaron y en cuya amistad encontraron fuerza en los momentos más difíciles. Recordamos que entre árboles —ahora jardín de rosas— y en la oscuridad, salieron al encuentro del Señor, de aquel que en otro huerto y en otra soledad de la noche fue al encuentro de su Padre, cumplida su misión. La vida de Nacho y Ellacu es un recuerdo de Jesús. La vida nuestra no es cuestión de olvido. ¡Es cuestión de recordar!

Este recuerdo, basado en la verdad, nos revela que la muerte de Jesús es la muerte del Justo, que ofrenda su vida libremente como fidelidad a su misión y amor hacia nosotros, y no la muerte de un blasfemo, quien se abrogaba una intimidad tan cercana a Dios que ofendía las sensibilidades religiosas de los poderosos. No es la muerte de uno que se oponía al ejército romano y al César, sino la de aquel que, desde su andar transparente y sencillo, mostró el amor preferencial del Padre por los pequeños y los excluidos. No es la muerte de un milagrero que al final no pudo hacer el milagro definitivo y definitivo de salvarse él mismo de la muerte. No es el final justo de un malhechor, sino la muerte del Justo.

El discurso oficial —por llamarlo así— de aquellos que acusaron maliciosamente a Jesús y maquinaron su muerte ante unas autoridades invasoras más interesadas en consolidar su ocupación y su poder hegemónico que en establecer una convivencia basada en la justicia o dejarse afectar por el sufrimiento del débil y del acusado injustamente, presentando falsos testimonios y acudiendo a las turbas fácilmente manipulables, la historia oficial, digo, era

que ese revoltoso de Nazareth había cometido la falta más imperdonable como era el de llamarse camino, verdad, vida, Hijo de Dios (Lc 22, 70) o, como nos dice el evangelio de hoy, aquel en cuya misión se habían cumplido las promesas de Dios. ¡Horror! Más adelante, el evangelio de Lucas nos habla de la complicidad de los poderosos para acusar ofendidamente a Jesús. Se levantaron *todos ellos* (consejo de ancianos, sumos sacerdotes y escribas, el Sanedrín), nos dice Lucas, y comenzaron a acusarlo, diciendo que lo habían encontrado alborotando al pueblo, diciéndole que no pagara los impuestos que le imponía el César y usurpando la autoridad diciendo que él era rey (Lc 23, 1-5).

La ofensa por la que se le quiere ejecutar a toda costa y que es la historia que desean los poderosos se conozca y quede establecida es la de un impostor, un sedicioso y un usurpador. Se olvidan de que Jesús mismo había insistido que había sido enviado a proclamar la liberación a los cautivos, para anunciar a los pobres la buena nueva. Ante esta historia oficial se levanta la determinación de recuperar la memoria en su dimensión de verdad. El recuerdo de sus seguidores, al no querer que su muerte quedara en el olvido y que se esclarecieran los motivos verdaderos de ella, permite que se conozca la verdad, su verdad, nuestra verdad. Por eso, al recordar a nuestros mártires no podemos sino recordar el martirio mismo de Jesús. El sentido hondo de la vida de Ellacu y Nacho, el martirio, no se puede entender en toda su extensión, sino es dentro del contexto del mensaje de la buena nueva, que nos invita a seguir de cerca a Jesús, a acompañar a todos aquellos que las bienaventuranzas (Lc 6, 20-23; Mt 5, 1-11) declaran poseedores de felicidad profunda y cercanos a Dios mismo, y a recibir como gracia todo aquello que él nos regala en medio de y a pesar de la maldad de las personas. Por eso, pues, es preciso recordar.

El recordar lo que pasó y el pedir que los responsables reconozcan su falta para acogerse al perdón de la comunidad cristiana es juzgado como atentatorio a la paz social [...]

Ellos prefieren olvidar lo que pasó aquella noche y construyen un mundo complejo y tortuoso de engaños, mentiras y medias verdades. Y como ellos quieren olvidar piden que nosotros también olvidemos en complicidad.

Este recuerdo, como se ve, tiene un talante diferente: distinto al recuerdo que lame las heridas de una ofensa o al que nutre la expectativa de la revancha en el futuro o al que, sobre una base fantasiosa, construye los jamás-vistos y los míticos castillos en el aire. Es un recuerdo que convoca la memo-

ría auténtica y mueve a la solidaridad. Un recuerdo que desenmascara la mentira y repara la dignidad de aquellos que fueron atropellados. Un recuerdo que reconcilia lo que la injusticia ha dividido y que re-establece el tejido social. Un recuerdo que es liberador, pues posibilita que el verdugo reconozca su falta y viva ahora no en y por la impunidad, sino que se acoja a la misericordia y al perdón de los cuales todos vivimos. No es un recuerdo que busca venganza y que no quiere dejar que la paz se consolide en nuestros corazones y en las mismas estructuras que regulan nuestra convivencia. Todo lo contrario. Es un recuerdo que posibilita que vivamos todos en igual dignidad, con iguales derechos y que, a la culpa admitida, responde con el perdón. Por eso, no podemos basar nuestras vidas personales ni sociales en el olvido, como el cinismo y la desvergüenza terca reclaman. Ya la psicología, a la que Nacho Martín-Baró se dedicó con honestidad intelectual y personal, nos advierte que una identidad, una vida, basada en la ignorancia de los hechos, en el encubrimiento, es una identidad fracturada, esquizoide, una mediocre vida falsa. Olvidar es imitar al proverbial avestruz, que esconde su cabeza ante una realidad que no le agrada.

Pero para que no queden dudas, digámoslo de otra manera. Nos hemos reunido hoy para celebrar y queremos contar a otros por qué estamos de fiesta. Estamos alegres porque nos sabemos visitados por Dios, porque Dios ha caminado con nosotros. Estamos alegres porque vivimos de la esperanza y nos sabemos reconfortados por ella. Porque, por el ejemplo que nos han dado Nacho y Ellacu, sabemos que vivir en solidaridad, a pesar de nuestras limitantes personales, es posible. Nadie que conoció de cerca o convivió tanto con Nacho o con Ellacu podrá decir ingenuamente que eran personas fáciles. Pero eso queda opacado por una verdad mayor, que es la generosidad hasta el fin. Las deficiencias humanas quedan opacadas por la infinita bondad y misericordia de Dios. Esa es una de las verdades profundas que aprendemos al recordar el martirio de nuestros hermanos.

Estamos alegres y nuestra alegría será mayor cuando se haga verdadera justicia y los responsables de tan abominable asesinato reconozcan su responsabilidad y su culpa para estar dispuestos a recibir el perdón del pueblo, que vive de la gracia del crucificado. Estaremos más alegres cuando nos podamos sentar todos juntos, reconciliados, alrededor de la mesa del Señor, ya no divididos entre víctimas y verdugos, poderosos y débiles, oprimidos y opresores, sino hermanos todos y hermanas todas en el Señor.

Es así como queremos recordar y perdonar: dejando que la luz irrumpa en la oscuridad de la mentira y poniéndonos todos a comer alrededor de esta mesa sencilla de común unión. Lo que experimentamos en el ámbito personal, cuando hemos obrado mal y nos sabemos interpelados por la palabra de Dios, deseamos y esperamos sea también posible en el nivel social. Cuando obramos mal y con transparencia admitimos ante Dios nuestro actuar y nos

dejamos afectar por la verdad, entonces, comenzamos a experimentar una alegría sana y un desear que otros participen de nuestra alegría. El martirio de nuestros hermanos afianza en nuestros corazones esa esperanza.

Contemos, pues, y volvamos a contar lo que ha pasado, con alegría, porque en ese cuento encontramos el misterio de la vida, el misterio de un Dios que habita nuestra tierra, el misterio de lo que motivó a nuestros Ignacios a acercarse a Dios con confianza y a aceptar inesperadamente ese desconcertante regalo que es el martirio.

Mauricio Gaborit S. J.
San Salvador, 11 de noviembre de 2000.

